

## LA VIOLENCIA Y LA CREACIÓN DE ESPACIOS DE LUTO EN LA OBRA NOVELÍSTICA DE HAN KANG

*VIOLENCE AND SPACES OF MOURNING IN HAN KANG'S NOVELISTIC WORK*

Sara Carrión Higuera  
Universidad Pompeu Fabra

### RESUMEN:

Han Kang es una de las escritoras estudiadas que da testimonio a través de sus personajes, que conviven en contextos ultra-violentos, de las respuestas psicológicas adaptativas a los entornos traumáticos. Podemos estudiar, mediante sus testimonios en la literatura, la voz de las mujeres históricamente invisibles que sufren las consecuencias de la violencia contextual y sistémica que las veja y humilla en estos entornos. Corea del Sur es un país con un contexto político complejo y una historia contemporánea que encadena una colonización, una guerra civil, varios mandatos militares y asesinatos de civiles en los últimos cien años. Así como el hombre es el sujeto activo de la violencia y al que se le han asociado sus consecuencias directas en la psique (trastornos vinculados al trauma, de la personalidad y del ánimo, y a nivel colectivo, una sociedad masculina acostumbrada a la violencia y que la promueve); las mujeres han sido poco estudiadas y reducidas a ser un sujeto pasivo: no hacen la guerra, esperan.

Con su pseudo-ficción, la escritora reconstruye los acontecimientos, la memoria femenina y da un espacio a sus personajes para integrar los duelos que no tienen fin.

### PALABRAS CLAVE:

Violencia, duelo, memoria, historia.

### ABSTRACT:

Han Kang is one of the studied writers who bear witness through her characters, who live in ultra-violent contexts, to the adaptive psychological responses to traumatic environments. We can study, through these testimonies in literature, the voice of historically invisible women who suffer from the consequences of contextual and systemic violence that vexes and humiliates them in these environments. South Korea is a country with a complex political context and a contemporary history that chains a colonization, a civil war, several military mandates and assassination of civilians in the last hundred years. Just as men are the active subject of violence and have been associated with its direct consequences on the psyche (trauma-related disorders of the personality and mood, and at the collective level, a male society which promotes violence); women have been little studied and reduced to be a passive subject: they do not make war, they wait.

With her pseudo-fiction, the writer reconstructs the events, the female memory and gives a space to her characters to integrate the endless mourning.

### KEYWORDS:

Violence, Mourning, Memory, History.



## 1. KANG Y SU OBRA

Un rasgo especial de la escritura de Han Kang (1970, Gwangju, Corea del Sur) es su delicadeza para hablar del sufrimiento y el dolor más profundos, de la crueldad, de lo frágil y lo sublime de la existencia humana y lo más tierno del cuerpo de los seres. Esto, como lectora, fue lo que me atrapó desde que leí su primer libro, *La Vegetariana* (*Chaesikjuuija*), reparando en la riqueza literaria y la complejidad psicológica de la historia y de su protagonista. La misma Han Kang afirma que escribir es preguntarse, y que ella, desde niña, tiene una pregunta atravesada: “¿Somos despiadados por naturaleza? ¿Qué es lo que hay en mí que parece haberse roto para siempre?” (Lee, 2016).

Cuando investigué sobre la autora, leí que había nacido en la pequeña ciudad de Gwangju, al este de Corea del Sur; ciudad que previamente había estudiado por ser el templo de la joven democracia coreana, y ciudad que fue paisaje de la masacre más violenta del país a manos de las fuerzas militares del estado contra civiles desarmados. Creí, entonces, que para entender la profundidad del mundo literario de Kang, debía leer al menos las otras dos novelas traducidas. Seguí el orden en el que la autora las había escrito, lo cual fue esencial para su entendimiento. Primero *La Vegetariana* (*Chaesikjuuija*), segundo *Actos Humanos* (*Sonyonionda*), después *Blanco* (*Hwin*).

A medida que he ido profundizando en los libros, los cuales redundan en la violencia y la brutalidad inherentes en el ser humano, la salvación, las heridas, los traumas no resueltos y la muerte desde un lenguaje y una voz femenina (con todas sus implicaciones), fui entendiendo que la autora, con sus preguntas, había plasmado a través de la escritura su camino hacia transitar la violencia, su propio proceso introspectivo para convivir con su herida humana. Estas novelas, entonces, no son solo una forma de expresión ficticia de la propia autora, es su manera elegida de intentar habitar la herida de la violencia y la crueldad, de hacerla parte de la humanidad y de crear un espacio luto colectivo para ella. Así traza el camino desde el primer libro, en el que se describe con fiereza todas las lanzas que han atravesado a una mujer y la somatización de su trauma que vuelve a la protagonista incapaz de habitar en sociedad, hasta encontrar su manera de actuar el duelo haciendo memoria y abriendo un espacio de conciliación en el segundo y tercer libro estudiados.

En *La Vegetariana*, Han Kang cuestiona la violencia desde un solo cuerpo: una mujer menuda que deja de comer carne por esa herida no resuelta en la infancia, provocada por su padre veterano de guerra, que le obliga a comerse a su perro después de matarlo delante de ella. La protagonista del libro, décadas después, deja de comer carne, tiene pesadillas con la muerte, y tiene, según ella, ‘todas las vidas de los animales que se ha comido atravesadas en la garganta’ (Han, 2007: página 68). Han Kang a través de su

protagonista pretende trascender la violencia transicionando en un vegetal y después en un ser casi sagrado, acompañada por una mujer que cuida, que sufre: la hermana de la protagonista.

En *Actos Humanos*, sin embargo, la narración dista de ser personal, es mucho más sobria y clínica. Hay un personaje que obsesiona, que emocionalmente duele y que vuelve en todas las obras de Kang. Es un niño: Dhongo, que siente la culpa de la traición, del abandono, que intenta redimirse y es asesinado por un militar (precisamente, otro veterano de la Guerra de Vietnam). *Actos Humanos* es la narración de la crueldad humana más descarnada, es la forma de la autora de hacer memoria y honrar a las víctimas de su país, de abrir un espacio de reconocimiento para ellas a través de siete voces, siete perspectivas a lo largo del tiempo que no logran superar en ningún caso la violencia que ejercieron sobre sus cuerpos, que se quedan atrapados en las semanas de la masacre, en la brevedad con la que se acabaron con más de mil vidas. Y aunque la autora explicó que no tenía pensado escribir algo como *Actos Humanos* (Lousiana Chanel, 2020), se dio cuenta, en su propia introspección, que la parte más honda de su herida, el centro de la cruz de su dolor humano, siempre había estado en Gwangju, en la masacre que se le había grabado en la piel y que permanecía en el suelo de su ciudad natal, en la casa que abandonó meses antes y la que su familia alquiló a la del pequeño Dhongo.

*Blanco*, la última novela publicada traducida de la autora, es un camino hacia un escenario más claro, es un viaje íntimo hacia la conciliación con el pasado familiar. Después de *Actos Humanos* y su memoria de la violencia explícita, Han Kang se dirige hacia ese ritual, hacia el llanto que permitirá dejar que el dolor se vaya, que no se quede en los huesos de las próximas generaciones ni en los cimientos de su casa como una sustancia radioactiva.

En *Blanco*, Han Kang, como autora y alter ego coprotagonista, viaja a Varsovia, una ciudad polaca que fue prácticamente destruida por la Segunda Guerra Mundial. Se muda allí a conciencia, a ese espacio blanco y gris que le ayudará a escribir sobre la primera herida: la muerte prematura de su hermana recién nacida, a la que su madre parió sola y la que dejó el mundo a las dos horas de nacer, quedándose en la memoria de su madre y posteriormente en la de su hermana (Han Kang) como una criatura límpida, no atravesada, no ensuciada por la violencia, completamente inocente. A través de este libro, Han Kang crea un espacio imaginario y femenino, donde recuperando la historia de su madre ya muerta, recrea a su hermana, le pide perdón por haber vivido en lugar de ella, la imagina en su lugar, se encuentran, pueden caminar juntas la herida familiar.

La autora, a través de su propio llanto, sus preguntas y reconciliaciones, crea un lenguaje universal que llama al reconocimiento de los humanos astillados y atravesados por la violencia y la muerte, y el cual pretende reconstruir y reconducir el sufrimiento.

Han Kang, con su palabra, siente que tiene el deber de hacerse escuchar, de hacer que sus preguntas sean las nuestras y de que caminemos hacia los espacios de luz que nos quedaron después del hondo trauma colectivo que nos dejó el siglo XX. Nos propone que utilicemos la literatura como sustancia que cauteriza.

## 2. CONTEXTO Y VIDA

Han Kang nació en Gwangju en 1970, en una Corea del Sur que trataba de recomponerse de un siglo de historia desolador. Después de la liberación del país tras cuarenta y cinco años de ocupación imperialista japonesa, en la que se hizo un borrado histórico, cultural y lingüístico y se ejerció todo tipo de violencias hacia la población, el país se adentró en la Guerra Fría (en este caso armada) por decisión de terceros. Rusia y Estados Unidos abrieron una batalla en la península coreana, siendo un escenario idóneo: una población débil, con divisiones ideológicas que iban intensificándose y dispuestos a enfrentarse contra ellos mismos. Esto resultó en la separación en dos mitades de la península (la comunista y la capitalista), y que, con todo lo que conllevó: hambrunas, pobreza, violaciones, vejaciones, persecución ideológica, casi tres millones de muertos y la separación de familias y hogares; abrió más profundamente todas las heridas que ya tenía el país hacia algo que parecía ser insalvable.

Cuando Corea del Sur se formó como estado después de la guerra civil, y con la peligrosa inestabilidad del gobierno, Syngman Rhee se reconoció a sí mismo como primer presidente de la República Coreana, afrontando la reconstrucción del país con un mandato autoritario. Años después, tras el fraude y la caída del primer presidente, el militar Park Chung-hee, que había sido un célebre luchador anti-comunista en la Guerra de Corea y en la Guerra de Vietnam, dio un golpe de estado y se hizo con el poder, proponiéndose, bajo un mandato extremadamente dictatorial, la rápida recuperación económica y reconstrucción del país, siendo que Corea, en ese momento, se encontraba como una de las naciones más devastadas del mundo. Esta dictadura fue especialmente represiva y cruel (Lee y Sorensen (Eds), 2013).

En el 1979, después de que Park Chung-hee, tras dieciocho años de mandato, fuera asesinado a manos del jefe de servicio de inteligencia del país en una cena privada, se declaró la ley marcial y el militar Chun Doo-hwan tomó su lugar. Con ello comenzaron lo que serían los mayores movimientos por la democracia del sur de la península (Choi y Choi, 2016).

El pueblo coreano se sentía engañado. Después de la liberación de la ocupación japonesa, ya habían comenzado las luchas por un estado libre y no militarizado; pero la desilusión y el horror retornaron cuando el país se hundió y dividió a manos de grandes potencias en la Guerra Fría junto con los jefes militares coreanos. Después

de la Guerra, cuando se creyó que venía una ráfaga de paz, los militares se hicieron con el poder concatenando golpes de estado, por esto, cuando se propagó la noticia del asesinato de Park Chung-hee, muy poco querido por el pueblo, los ciudadanos salieron a celebrar a la calle con vítores y alegría, anticipando que por fin llegaría la democracia, como ya había llegado a otros países, un estado del bienestar.

Sin embargo, después de saber que tras el asesinato otro militar se había hecho con el poder, y más enfadados que nunca, estudiantes, trabajadores, mujeres, niños y ancianos salieron a reivindicar la democracia en la mayoría de las ciudades capitales del país.

Entre ellas, uno de los mayores revuelos se logró en Gwangju, ciudad natal de Han Kang, donde los ciudadanos se hicieron con la sede del gobierno provincial y tomaron las calles. La toma del gobierno provincial fue un símbolo de poder democrático, donde se reunió el pueblo para protestar contra la ley marcial y la toma de poder de un nuevo militar. Sin embargo, nadie esa tarde esperó que apareciera un cuerpo de militares armados que disipó en segundos a las masas disparando a bocajarro desde tejados, a pie de calle, edificios, tanques, camiones...

Cuando los ciudadanos empezaron a correr en todas direcciones para protegerse y después trataron de recuperar los cuerpos de los caídos, también fueron disparados, hasta que nadie se atrevió a pisar la calle ni para recoger a los muertos. (Nota: para un relato detallado de los acontecimientos, ver *Actos Humanos*: páginas 263-271)

A partir de ese momento, en Gwangju, se dio un movimiento social asombroso en el que, divididos en diferentes grupos, los ciudadanos se organizaron en hospitales, colegios y calles para atender a los heridos, muertos y familias y, los que se atrevían, seguir luchando. Todos los cadáveres eran trasladados al polideportivo, donde se hacían ataúdes provisionales de madera conseguida en pueblos de alrededor y se llevaba la cuenta de los nombres, apellidos, familias y edades de los muertos (Kahn-chae, 2003: páginas 181-183).

En los hospitales se necesitó ayuda extra para el cuidado y la donación de sangre, y mientras, en las calles, los más jóvenes se preparaban para un posible ataque. En ese momento, Gwangju fue del pueblo y se sostuvo gracias al pueblo. Fueron los diez días más traumáticos y recordados de la ciudad, llenos de muerte, caos en las calles, escenas extremadamente violentas y crueldad que se quedaron grabadas en la memoria de los supervivientes, pero también de una solidaridad y generosidad que solo se alcanza en casos de necesidad y un sentimiento compartido por el pueblo.

El gobierno jamás reconoció las pérdidas que verdaderamente hubo, siendo el recuento oficial unos pocos de cientos. Sin embargo, juntando los cuerpos desaparecidos que fueron quemados por los militares en pilas, los enterrados en cunetas y en fosas

comunes, se estima que fueron miles, más todos los afectados por la pérdida, las torturas, las humillaciones públicas, por haber sido de ayuda o no haberlo sido, por haber sido testigos del acontecimiento, y la propia experiencia de haber sobrevivido.

Y fue esto mismo lo que atravesó a la autora de *Actos Humanos*. Han Kang se marchó de Gwangju en enero del 1980, la masacre ocurrió en mayo del mismo año. Ella había vivido toda su vida en una casa familiar de la ciudad, su padre (Han Seung-won) daba clases en el instituto, hasta que decidió dejar el trabajo y mudarse a la capital con su familia para dedicarse a tiempo completo a ser escritor. Antes de irse vendieron la casa a una familia, los padres y tres hermanos, y esa familia alquiló una de las habitaciones a otros dos hermanos, que fueron a Gwangju a buscarse la vida. (Nota: para un relato completo de la biografía de Han Kang, ver Louisiana Chanel. (2020). Han Kang Interview: The Horror of Humanity [Video])

Han Kang escribe que recuerda a la perfección el suelo de su habitación de Gwangju, de cómo se recostaba en verano a hacer los deberes, del calor y de todo lo que había leído en su cama. También explica en el último capítulo de *Actos Humanos* que, aunque ella solo tenía diez años cuando la masacre ocurrió, escuchaba a los adultos hablar a escondidas, en susurros, escuchar todo el tiempo la radio o mirar la televisión para ver qué decían las noticias, que parecían estar manipuladas. Escuchaba a sus padres preocupados porque no podían contactar con sus familiares en Gwangju, las líneas telefónicas estaban cortadas y tampoco se podía entrar a la ciudad. (Han, 2018: páginas 229-237).

Fueron días después de la masacre cuando, al parecer, el padre de la escritora se hizo con un álbum de fotos reveladas de la masacre que le habían dado a escondidas en una estación de autobuses. Sus padres lo ocultaron para que ella no pudiera mirarlo, pero con curiosidad infantil, un día se hizo con él. Comprendió la escritora entonces lo que había pasado, en las fotos completamente explícitas, se veían cuerpos manchados, mutilados, cráneos volados, estómagos abiertos, miradas vacías y cuerpos apilados en la calle. Han Kang afirma que algo se rompió dentro de ella en ese momento, que su vida desde entonces ha estado atravesada por ese suceso.

Poco después supo también que uno de los niños que vivía en su vieja casa de Gwangju había sido asesinado y que los otros dos hermanos alquilados estaban desaparecidos. Lo supo porque, de hecho, el padre de Kang había sido profesor del niño asesinado, quien ocupaba el cuarto de la escritora en su antigua casa y quien había defendido el gobierno provincial hasta el final. Investigó y se hizo con su nombre: Dhongo.

Han Kang es una de las víctimas indirectas de la masacre de Gwangju, una de las supervivientes que viven con el dolor de haberse salvado y en su caso, de no haber

estado en su ciudad natal cuando todo ocurrió, de haber vendido su casa y no haber sido de ayuda o apoyo, aunque fuera una niña, de que hubieran asesinado a Dhongo y a muchos de sus compañeros mientras ella seguía con su vida en la capital.

Es esta herida la que cala profundamente a la escritora, la que la atraviesa con preguntas sobre la violencia desde que empieza a escribir ‘¿somos inherentemente violentos? ¿había algo inocente y limpio dentro de mí que se rompió cuando vi todos esos cuerpos mutilados?’ Comienza a preguntarse, a reconstruir, a escribir (Lee, 2016). A través de estos tres libros, ahonda en su herida para tratar de conocerla, de darle voz, de honrarla, de hacer memoria y, con ello, aportar un poco de luz, dejarlo grabado en la historia. (Lee y Sorensen (Eds), 2013)

### 3. ¿PODEMOS TRANSITAR LA VIOLENCIA?

A través de las tres novelas de la autora, he estudiado la creación de espacios de duelo e integración de la violencia y la falta de los mismos. Han Kang toma la responsabilidad y decide confrontar las heridas que han estado doliéndole desde que era niña, muchas de ellas inherentes a su condición de ser humano, de mujer, de surcoreana, de Gwangju. La autora está comprometida con el sufrimiento humano y escribe para los fantasmas de su dolor y del de todas las personas, reconociendo sus experiencias y validándolas a través de la escritura de sus memorias, para dignificar las vidas de los muertos y la violencia ejercida contra las víctimas. Así, la escritora abre un espacio colectivo para el reconocimiento universal de las víctimas de la violencia y su expansión hacia las siguientes generaciones como una onda radioactiva. Apela a todas las heridas que dejó el siglo XX en todo el mundo y en especial en su propio país, avasallado por el imperialismo, las guerras y la lucha por la democracia. Demuestra que, si no se le da un tratamiento e integración a las humillaciones, abusos físicos y psicológicos y muertes, estas se quedan en los cuerpos durante toda una vida, y no solo afectan a la víctima si no también a su entorno directo e indirecto.

En *La Vegetariana* hemos visto las consecuencias de un trauma infantil no procesado cognitivamente ni tratado, además de una exposición continua a los abusos y la violencia física por parte de uno de los cuidadores de la protagonista que ha participado en la guerra e integrado la violencia como parte de la vida. Además, también se hacen visibles otras violencias silenciadas, como la violencia de género (centrada en el contexto surcoreano), y la ejercida a las personas que no son “funcionales” en el sistema patriarcal capitalista, en el caso de la protagonista por los trastornos desarrollados al disociar parte de su infancia y trauma.

Han Kang pone en cuestión todas las violencias que atraviesan a una sola mujer desde la niñez hasta la edad adulta. Una mujer que no logra liberarse de las vejaciones

e intentos de control de su propio cuerpo. El tema, pues, va más allá del contexto propio de la autora como surcoreana, no reduce a un espacio el caso de *La Vegetariana*, si no que universaliza su situación y su sufrimiento. Yeonghye y su hermana podemos ser cualquiera de nosotras y su dolor es el nuestro.

En *La Vegetariana*, los hombres que ya han estado expuestos a la violencia (en este caso, su padre como veterano de la guerra de Vietnam) son los que ejercen la violencia directa (aunque su madre, como mujer alienada la perpetúa). Esto se repite también en *Actos Humanos*, la segunda novela de la autora.

En *Actos Humanos*, Kang hace memoria, reconstruyendo en siete perspectivas las vidas de los muertos y supervivientes de la masacre de Gwangju. Estas siete perspectivas se desarrollan hasta treinta años después de la masacre, y con ello hace explícita la “radioactividad” a la que se exponen los cuerpos sometidos a la violencia y los testigos directos e indirectos de esta, como ella misma. *Actos Humanos* recrea en particular a Dhongo, un niño que murió en la masacre a manos de un veterano de la guerra de Vietnam y que vivió en la antigua casa familiar de la escritora. Dhongo estará presente también en su siguiente obra. Con esta novela documental, Han Kang reconoce la dignidad de los muertos y supervivientes, que no quieren verse como víctimas, y hace un estudio relevante de las consecuencias humanas de la extrema brutalidad hacia los cuerpos humanos, de cómo, al haberlo gestionado de la peor manera posible con parches y silencio, los humanos que se vieron involucrados en la masacre se acaban haciendo daño a sí mismos, viviendo una vida atormentada, suicidándose o perpetuando la violencia contra otros.

Gracias a la memoria, Kang reconstruye a estas personas y las reconoce, y con ello, abre un espacio para ellas en la historia, para escuchar sus sufrimientos y la injusticia que vivieron. Donde hay escucha y reconocimiento, hay un lugar para la empatía y la compasión. A pesar de que la novela sea especialmente descriptiva, explícita y en ocasiones lejana, hace conectar a quien lee con el dolor extremo e inhumano de los personajes. De nuevo, ellos podemos ser nosotros, supervivientes de una violencia descarnada que quieren que los escuchen, que reconozcan su dignidad, que honren sus batallas como humanos.

Por último, en *Blanco*, se abre un espacio meditativo para la integración de las heridas y el duelo. Muy diferente a las novelas anteriores, Kang se muestra introspectiva, íntima, cercana. La naturaleza de este libro tiene un corte ritual, más emocional y performático y mucho menos textual. A través de *Blanco*, Kang se reconcilia con su propia historia familiar, recuerda a Dhongo y a los fantasmas de su ciudad que murieron en la masacre y la destrucción de Polonia en la Segunda Guerra Mundial, y con ello, a la humanidad que se ve atravesada por la violencia reciente del siglo XX.

*Blanco* es el espacio que la escritora apela como necesario para el duelo de estas heridas enquistadas y silenciadas. Es precisamente un espacio imaginario, que nunca ha existido y que de hecho no puede existir (en su caso porque nunca conoció ni a su hermana mayor ni a Dhongo, están muertos). En este espacio imaginario pues, ella puede mirar, hablar y construir como quiera, lejos de la dominación masculina social y de otras formas de sometimiento. Solo puede sanar en un espacio que no existe.

Con la voz y los ojos de su hermana muerta, la escritora crea una vida que jamás ha existido para que pueda conciliarse con la realidad. Todo el entorno y la acción literaria es ceremonioso.

El blanco es un color importante en la tradición coreana, representa desde lo más puro e inocente hasta lo funerario, por eso tiene un tinte solemne. A través de *Blanco*, Kang interactúa con su propia escritura y las cosas blancas para caminar hacia la luz; con conciencia, pretende curar las heridas del sufrimiento más temprano para no ser perpetuadora de este, ni soportar su peso, ni aguantar su escozor. *Blanco* es la novela de los fantasmas de Han Kang, donde se reúnen en las cosas más tristes y puras, donde la autora puede construir un mundo en el que todas esas almas están vivas.

Es muy importante atender que, después de hacer memoria con *La Vegetariana* y *Actos Humanos*, la autora se separa de la narración lineal y organizada para adentrarse en la experiencia cognitiva de sentir y pensar a través de la forma, donde, con los ojos y la voz de su hermana, ve las cosas de la forma más infantil y pura. (Para un estudio más detallado sobre la somatización del trauma materno y el procesamiento cognitivo del trauma familiar, ver el estudio de Judd (2016)) Organiza su propio ritual, yéndose a otro país, pintando su casa de blanco, sentándose en la mesa a escribir, paseando por su ciudad, reconstruyendo a su hermana. La escritura es meditativa y personal, pero al utilizar un lenguaje tan sencillo que confraterniza con la sensibilidad de quien lo lee, nos acercamos a la intimidad de la autora.

Con *Blanco*, Kang llama a los espíritus a los que honra, les da una forma, una voz, reconoce el dolor de su pérdida, su dignidad. Confronta sus pérdidas y el daño por la violencia ejercida heredada en su memoria. Toma responsabilidad de la radiación de violencia que ha llegado hasta ella de diferentes formas, decide romper con el silencio y la individualidad del dolor, llama al llanto compartido, a transitar, a abrazarnos para que la violencia inevitable se nos clave menos hondo.

¿Somos inherentemente violentos? ¿Podemos deshacernos de la brutalidad que ha acompañado nuestra historia? ¿Hay algo puro en el cuerpo de los seres que se mantiene límpido hasta la muerte? Bajo mi propia interpretación y después de leer las reflexiones de Han Kang, creo que no podemos vivir sin estar atravesados por la violencia y el sometimiento, el abuso físico y psicológico; pero, como la escritora propone, podemos

transitar por ello de una forma menos dolorosa y dañina, protegiendo lo más sagrado que vive en nuestro interior: la generosidad, la solidaridad, la compasión, el canto.

Apelamos a los sufrimientos compartidos, a la voz, a la palabra, a la escucha y a la empatía humana para reconocer las situaciones de los demás y validarlas. Apelamos a la reconstrucción de los que han sido silenciados, vejados y asesinados y les damos un espacio en la memoria para que el dolor no se extienda a nuestras siguientes generaciones. Apelamos a los rituales, duelos compartidos y a la creación de espacios imaginarios para transitar la muerte de los seres amados y las heridas provocadas por la violencia y el dolor.

Los fantasmas de Han Kang tiene nombre y dignidad y habitan en un espacio de sanación que creamos los supervivientes para ellos. Nos acariciamos como Seol y Dhongo, nos honramos.

Considero que es importante repensar el papel que puede ocupar la literatura (escribir y leer) y otras expresiones artísticas para crear un lenguaje universal del dolor, es decir, un lenguaje mediante el cual se cautericen las heridas que son inexpresables de otra forma.

Creo entonces que la relevancia de Han Kang como autora no solo reside en la obra en sí misma, sino también en lo que supone que se pueda crear un espacio alterno de sanación a partir de una expresión artística vinculada a la memoria y el luto, de forma que, si la vida real no nos ha permitido procesar colectivamente o personalmente experiencias dolorosas, muerte u otras formas de violencia y de abuso, podamos hacerlo a través de un lenguaje que apela a los mecanismos compartidos de percepción: los sentidos de los seres, la idea de pérdida, de sufrimiento, de amor humano y de ritual (de duelo, de celebración). Escribir y leer es una forma de ritual, como cantar, bailar, crear música; son lenguajes que pueden permitirnos transitar por todo aquello que nos ha ido astillando a lo largo de la historia.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CHOE, C. U. y CHOI, J. W. (2006). *The Gwangju Uprising: The pivotal democratic movement that changed the history of modern Korea*. Homa & Sekey Books.
- HAN, Kang (2007). *La Vegetariana*. Rata Editorial.
- HAN, Kang (2018). *Actos Humanos*. Rata Editorial.
- HAN, Kang (2020). *Blanco*. Rata Editorial.
- JUDD, R. (2020). *Wit (h) nessing trauma in Han Kang's the white book* [Tesis doctoral]. University of Kwazulu-natal, Sudáfrica.

KAHN-CHAE, N. (2003). "Collective action and organization in the Gwangju uprising". *New Political Science*, 25(2), 177-192.

LEE, H. Y.; HA, Y. C.; y SORENSEN, C. W. (Eds.) (2013). *Colonial rule and social change in Korea, 1910-1945*. University of Washington Press.

LOUISIANA CHANEL. (2020). *Han Kang Interview: The Horror of Humanity* [Vídeo]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=tQTI6bV0waE&t=1515s>

한국문학번역원 LTI Korea. (2015). [LTI Korea] *Interview: Writer Han Kang* (한국문학번역원 한강 작가 인터뷰) [Vídeo]. Recuperado de [https://www.youtube.com/watch?v=-rFKfCCH\\_Kk&t=7s](https://www.youtube.com/watch?v=-rFKfCCH_Kk&t=7s)